

Transfigurados por el Señor

Paramilitares la violaron antes de desterrarla. Claudia Ospina fue violentada por estudiar Derechos Humanos. Cree en reconciliación si hay justicia. Por: GINNA MORELO. Periódico El Tiempo. 16 de agosto de 2014.

“Claudia Milena Ospina tiene 42 años y dice dar la cara, a pesar de la humillación que vivió, porque espera que su denuncia tenga algún día respuesta.

Viste de negro. De luto, siempre, como símbolo de su dignidad atropellada el 26 de marzo del 2004 en una vereda perdida de Yondó (Antioquia).

No está muy segura de poder perdonar a los paramilitares que la violaron ni a los amigos del pueblo que le cerraron las puertas cuando quienes la violentaron la expulsaron de la población. **“No quiero mentirme. Las huellas del dolor no se borran”**, asegura.

Claudia Milena Ospina Arias es fuerte, tiene 42 años y trabaja con víctimas de abuso sexual en el marco del conflicto, en la organización Reconstruyendo Sueños de Mujeres Víctimas. Lo que guarda en su espíritu es una rabia contenida, que la hace apretar los dientes cuando habla y empuñar la mano contra su regazo.

En su muñeca lleva una manilla con la leyenda ‘Soy mujer y reclamo mis derechos’. Justo los que a ella le arrebataron en un lugar donde también abusaban de los niños. Esos hechos violentos perpetrados por los paramilitares ocurrieron el mismo año en que, a cientos de kilómetros del Magdalena medio, en Santafé de Ralito (Córdoba), se cocinaba la negociación Gobierno-Autodefensas.

La cámara no la intimida. “Acepté la entrevista de EL TIEMPO con la condición de dar la cara. No tengo miedo; tengo frustración porque, a pesar de mi denuncia, nada pasa”, dice.

El texto del evangelio de Lucas (9,28b-36) conocido como “La transfiguración”, trata de que Jesús estaba con algunos de sus discípulos, y, “mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos” como símbolo de la nueva vida que él ofrece.

La historia de Claudia Milena parece ser un poco distinta. Ella “viste de negro, de luto, siempre, como símbolo de su dignidad atropellada”.

Comúnmente cuando se habla de “transfigurar”, pensamos en “cambiar de aspecto” como parece indicar la etimología de la palabra. Es decir, pensamos en un cambio exterior. Pero el sentido que encierra este pasaje es que es el interior de Jesús el que se manifiesta resplandeciente en su exterior para ser visto por todos, para que esa luz que él irradia nos cambie desde dentro y podamos reflejarlo hacia fuera, hacia los otros, hacia el prójimo. Según esto, al leer el testimonio de Claudia Milena, entendemos que no es su aspecto físico el que debe cambiar. El color de su ropa es un reflejo de su interior y es ahí donde debe ocurrir el cambio o la reparación. Pero, ¿cómo restaurar el alma de un cuerpo que ha sido ultrajado? Eso sólo lo puede hacer la fe.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

La vida cristiana es fe y compromiso. Es pasión y acción. Es conciencia crítica y espíritu despierto. Que esta circunstancia histórica nos permita mostrarlo con nuestro compromiso efectivo, sabiendo que es un paso en el camino y siguen pendientes muchos más.

Un serio interrogante que podemos hacernos los colombianos de fe, es hasta qué punto, todos estos años de conflicto han supuesto un compromiso efectivo con la suerte de las miles de víctimas o nos hemos quedado en una actitud pasiva y alejada de la realidad, más centrada en lo litúrgico y sacramental y en la búsqueda del propio bienestar. Y, más aún, de qué manera nuestra mentalidad, nuestra apreciación del conflicto, nuestra escasa visión crítica, nos ha llevado a ser “enemigos de la cruz de Cristo”, favoreciendo una mentalidad guerrerista, vengativa, intolerante, incapaz de favorecer el diálogo, cerrando todas las posibilidades de futuro. Los diálogos de paz necesitan estar apoyados por corazones generosos, capaces de comprometerse con un nuevo comienzo, donde el amor venza el odio, donde el perdón venza la venganza, donde la vida se imponga a la muerte.

Otro aspecto en la historia de Claudia Milena es el destierro. Sobre eso nos habla el libro del Génesis (15,5-12.17-18): “Aquel día el Señor hizo alianza con Abran en estos términos: A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río”.

La promesa de Dios a Abraham de una descendencia numerosa con una tierra digna para habitar, no se desdice nunca. Es una promesa no situada para un futuro incierto sino para la concreción histórica en cada momento y realidad particular. El caminar humano con todos sus logros y avances, muestra ese actuar de Dios que se realiza a pesar de los inmensos conflictos de la humanidad. Una y otra vez la vida se impone y la fe cristiana se renueva porque su “luz y salvación”, como dice el Salmo 26, es el Señor. En nuestra realidad particular colombiana, los procesos de paz son una oportunidad de renovar esta fe en el Dios de la historia, que camina con su pueblo, atraviesa todas sus vicisitudes y fortalece para no decaer en el empeño de construir una sociedad justa y en paz.

En el conflicto colombiano la tierra ha jugado un papel definitivo. El origen de la guerrilla se remonta a los campesinos luchando por una reforma agraria que les asegurara una vida digna y un sustento efectivo para todos. Han pasado más de 50 años y estamos en un momento en que el proceso de paz ha asumido como uno de sus puntos “la política de desarrollo agrario integral, la cual debe impulsar la integración de las regiones, así como el desarrollo social y económico equitativo del país”. Sabemos que su implementación no será fácil, que no todo se habrá conseguido y que la concreción histórica continuará contando con muchas limitaciones. Pero hay un paso adelante y eso hay que apoyarlo y celebrarlo.

La promesa de la tierra, la fuerza de la cruz y, en definitiva, la presencia del Cristo Transfigurado, nos invitan a ser artesanos del perdón, la reconciliación y la paz. Los diálogos para avanzar en el camino a la paz, no serán perfectos, no solucionarán todos los grandes problemas que afrontamos, no cambiarán la realidad mágicamente. Pero son indispensables, son el paso de Dios por esta tierra colombiana en este presente que vivimos y nuestra fe o se pone de este lado o se convierte en piedra de tropiezo en los esfuerzos por hacer presente el reino de Dios entre nosotros.

